

Discurso pronunciado por el
Presidente Nacional del PDC
Sr. Patricio Aylwin Azócar,
en la inauguración del Buró
Político de la I.D.C., efec-
tuado en Santiago el 25 de
noviembre de 1987.

Señor Presidente de la Internacional Demócrata Cristiana

Señores miembros del Comité Directivo

Señoras y Señores :

Para el Partido Demócrata Cristiano de Chile es muy grato dar la bienvenida a nuestra Patria a los integrantes del Buró Político de la Internacional Demócrata Cristiana y expresarles nuestro reconocimiento por su decisión de celebrar aquí su reunión ordinaria de trabajo que ahora inauguramos.

Algunos espíritus mezquinos, miopes o farisaicos, razgan vestiduras frente a esta clase de eventos, tildándolos de intrusiones indebidas en asuntos de nuestra vida nacional que serían privativos de los chilenos. Actos como éste les dan pretexto para lucir su ignorancia profiriendo denuestos contra quienes sostenemos lo que llaman "ideas foráneas".

La verdad es que las ideas son, por su naturaleza, universales, cualquiera que sea el lugar donde se las exprese por vez primera. Los gestores de la independencia de América, a quienes honramos como padres de nuestra patria y símbolos superiores de patriotismo, no habrían realizado esa tarea heroica si no hubieran recogido y hecho suyas las ideas libertarias de su tiempo, germinadas en la vieja Europa.

Y sin remontarnos a otras épocas, ¿son acaso criollas la doctrina de la seguridad nacional y la escuela económica de Chicago, pilares ideológicos de las políticas impuestas a nuestro país por el régimen imperante ? ¿Rechazan sus partidarios como intrusión las alabanzas que suelen recibir y destacar de personeros de la banca internacional ? Hace apenas una semana se reunió aquí en Santiago la Sociedad Interamericana de la Prensa y se celebró en Mar del Plata la XVII Conferencia de Ejércitos Latinoamericanos sin que

nadie criticara esos encuentros como intromisión extranjera en asuntos nacionales de cada uno de nuestros pueblos.

En el mundo contemporáneo, la interdependencia entre las naciones se acelera cada día. La caída de la bolsa de Nueva York repercute en las antípodas. El SIDA, el narcotráfico, el terrorismo, no se detienen en fronteras. La miseria, el hambre y la convulsión social del mundo en desarrollo no son fenómenos indiferentes a la suerte de las naciones prósperas. El fabuloso crecimiento de la deuda externa no solo compromete a los países deudores sino también a los acreedores. La lucha de los pueblos y los hombres por conquistar su libertad, por acceder a la justicia, por mejorar su calidad de vida, por alcanzar y asegurar la paz, comprometen a la humanidad entera.

Dentro de esta realidad, el concepto de soberanía nacional deja de ser un dogma absoluto. Cuando al término de la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial, las Naciones suscriben la Declaración Universal de Derechos Humanos, proclamando su vigencia como fundamento primario para construir la paz entre los pueblos, asumen el compromiso de respetar y hacer cumplir esos derechos en sus respectivos territorios. Ningún Estado puede, en consecuencia, asilarse en su soberanía para violar esos derechos, porque el hacerlo quebranta ese compromiso, tanto moral como jurídico, de cuyo estricto cumplimiento la comunidad internacional tiene legítima tutela.

Del mismo modo, el principio Internacional de no intervención no es sino la otra cara del principio de autodeterminación de los pueblos. Si la referida Declaración Universal reconoce a todo hombre el derecho de participar en el gobierno de su país y cada pueblo es soberano para darse el régimen

que libremente prefiera siempre que respete los derechos humanos, nadie puede sentirse facultado para menoscabar ni interferir el ejercicio de esos atributos y en cambio es perfectamente legítimo que los hombres, pueblos y organizaciones amantes de la libertad, defiendan el derecho de todo pueblo a determinar por sí mismo su destino, escogiendo su forma de gobierno y eligiendo a sus gobernantes mediante el voto verdaderamente libre, secreto e informado de todos sus ciudadanos.

En consecuencia, cuando los demócratas del mundo - personas, partidos y gobiernos - respaldan la lucha de los demócratas chilenos para que, de una vez por todas, haya en nuestra patria elecciones libres, abiertas, limpias e informadas para generar el gobierno que nuestro pueblo libremente quiera darse, no ejecutan un acto de intervención, sino que aplican rigurosamente el principio de autodeterminación de las naciones, defendiendo el derecho del pueblo de Chile a decidir por sí mismo su destino. Sólo así, por lo demás, podrá cumplirse el propósito que a menudo se expresa por nuestros gobernantes, - para rechazar lo que califican de intervenciones foráneas - de que los problemas de los chilenos los resuelvan los chilenos. Porque desde hace catorce años, en este país los chilenos no resolvemos nada; todo lo resuelven por sí solos quienes se han arrogado el poder de gobernarnos.

Al defender la vigencia de los derechos humanos, aquí en nuestro país como en cualquier lugar de la tierra, y al poner lo mejor de nosotros en la tarea de que Chile recupere su democracia, los demócrata-cristianos chilenos no hacemos sino ser consecuentes con los principios e ideales del

Humanismo Cristiano que profesamos. Y al hacerlo reivindicamos los grandes valores de la historia de nuestra patria : la dignidad de la persona humana, la igualdad esencial de todos los hombres, el derecho de todos a la libertad y a la justicia, la solidaridad social. Aunque no se llamaran entonces "demócrata cristianos", estos fueron los principios y valores que inspiraron a O'Higgins, a los Carrera y, en general, a los grandes constructores de nuestra patria. No son, pues, "ideas foraneas". Son, por el contrario, las ideas que, frente a las circunstancias propias de la realidad de nuestro tiempo y a los desafíos que esta plantea, arrancan y se nutren del Mensaje Evangélico que inspira la fé y la esperanza de los hombres y los pueblos que nos llamamos cristianos.

Y fué, sin duda, por la progresiva vigencia que esos valores y principios fueron adquiriendo en la vida de nuestra patria, en sus instituciones políticas democráticas, en su sistema jurídico, en su desarrollo cultural, en su convivencia social, que este pequeño y lejano país ganó entre las naciones ese gran prestigio que era motivo de orgullo para los chilenos y que ahora añoramos.

Porque profesamos esos valores y principios, que no son propios ni exclusivos de ningún país o continente, sino patrimonio cultural común del mundo cristiano, los demócrata cristianos de diversos países estamos reunidos en la I. D. C. No es ésta una organización supra partidista que ejerza autoridad ni imponga órdenes a sus miembros. Simplemente es - como lo expresan sus estatutos - un lugar de encuentro para promover y coordinar la acción internacional de quienes profesamos el humanismo cristiano, realizar estudios doctrinarios y políticos de interés general para la DC, asegurar la

solidaridad política entre todos los partidos democrata-cristianos para la salvaguardia de los valores espirituales y la defensa de los principios de libertad, de democracia y de justicia social, y difundir las ideas y realizaciones de la Democracia Cristiana.

Bueno es recordar en esta ocasión, lo que al respecto se dijo en la Declaración emitida por la III Conferencia Mundial de Partidos Demócrata-Cristianos de Europa, América y Africa, celebrada en esta misma ciudad en Julio de 1961 bajo la Presidencia de nuestro Presidente Eduardo Frei: "sin lazos obligatorios y sin sujeción a autoridades extranjeras extrañas a la nación a que pertenece cada partido, en el seno de la D.C. se reúnen fraternalmente grupos políticos que comparten la misma ideología y que representan a decenas de millones de hombres y mujeres de religión, raza, color y lengua diferentes y que se esfuerzan, en todos los contornos de la tierra, en mejorar la suerte de las naciones y de la humanidad... El gran signo unificador de los demócrata-cristianos del mundo es su identificación con la defensa de la dignidad espiritual de la persona humana en tanto que primer valor de la historia. Sin este fundamento moral, ningún régimen de coexistencia nacional e internacional será legítimo. Los derechos del hombre y del ciudadano, el respeto de la libertad, la sucesión democrática del gobierno mediante la votación libre y secreta del pueblo y la participación deliberada y creciente de las clases obreras en los beneficios de la cultura y de la riqueza y en el ejercicio del poder político son exigencias imperativas para los demócrata-cristianos de todos los países".

Inspirados en nuestros comunes principios e ideales, los demócrata-cristianos de los distintos países pro-

curamos servir al bien común de nuestros pueblos según las circunstancias de cada cual. Siendo diversas estas circunstancias - porque la realidad de las naciones difiere considerablemente en razón de su historia, su idiosincracia y sobre todo, su grado de desarrollo - las políticas concretas aplicables en cada país, aunque respondan a los mismos principios, suelen ser necesariamente diferentes. Esta verdad de perogrullo da pié, en risible paradoja, a los mismos que nos acusan de seguir recetas extranjeras, para intentar descalificarnos con la monserga de que nosotros no representamos a la verdadera Democracia Cristiana. ¡Palos porque bogas, palos porque no bogas!

Vuestra presencia aquí estos días, renovada expresión de la permanente solidaridad que la Internacional Demócrata Cristiana y los partidos hermanos nos han manifestado en estos duros años, son el mejor mentís a esos infundios. Al escoger a Chile para sede de esta reunión y al poner en primer lugar de vuestra tabla el tema de los derechos humanos, nos dáis un testimonio de respaldo y de confianza que nadie en el mundo puede dejar de comprender, que compromete nuestra gratitud, reafirma nuestras convicciones y vigoriza nuestro espíritu para seguir luchando, con renovadas fuerzas, por la liberación del pueblo chileno.

Bien sabemos que esta no es tarea sólo de nosotros, sino de todos los demócratas. Así como en el "Manifiesto Político Mundial de los Demócrata Cristianos" se expresa el convencimiento de que "la obra de construcción de una nueva comunidad de los pueblos debe ser realizada con el concurso de otras fuerzas espirituales, culturales, políticas y sociales, como nosotros empeñadas en la lucha por la libertad, la jus-

ticia y la solidaridad internacional", estamos convencidos de la imperiosa necesidad de aunar los esfuerzos de todos los chilenos que creen en la democracia, en la común tarea de reconquistarla.

Consecuentes con este criterio, los demócrata-cristianos chilenos no sólo hemos estado en la primera línea de batalla en todos los frentes de lucha por la democracia, en el mundo político, sindical, juvenil y profesional. También hemos sido promotores y partícipes en los múltiples empeños en que se ha ido plasmando la exigencia de concertación: el Grupo de Estudios Constitucionales de los 24, la Alianza Democrática, el Acuerdo Nacional, las Bases de Sustentación de la Futura Democracia, la Asamblea de la Civilidad. En estos mismos días hemos alcanzado acuerdo con los Partidos Radical, Social Demócrata, Republicano, Liberal, Humanista, Democrático Nacional y Unión Socialista Popular en torno a un programa común que presentarle al país para un gobierno de cuatro años destinado a restaurar la democracia y a dar solución, con realismo y profundo sentido de justicia, a los principales problemas económicos y sociales que sufre nuestro pueblo. Aspiramos a ampliar el ámbito de esta concertación, para lo cual buscamos afanosamente llegar a acuerdos con el Partido Socialista de Chile y con el Partido Nacional.

Frente al empeño del régimen de perpetuarse, creemos indispensable presentar al país una alternativa clara de gobierno democrático, que desmienta y destruya el pretencioso dilema del autócrata de que Chile tendría que escoger entre él o el caos. Los principios y criterios formulados en el Acuerdo Nacional y en las Bases de Sustentación de la Futura Democracia, importan claros y explícitos compromisos cuyo respeto asegura la gobernabilidad del país en un sistema democrá-

tico. Tenemos fé y confianza en que con patriotismo y buena voluntad, respetándonos recíprocamente en la identidad de cada cual, lograremos robustecer y complementar esos acuerdos con los compromisos necesarios para ofrecer a los chilenos una alternativa clara y encarnada de gobierno y para forjar los instrumentos que sean más eficaces para derrotar a la dictadura y conquistar la Democracia.

Catorce años en que el país ha vivido bajo la lógica de guerra impuesta por el régimen, con su cortejo de odios y violencias, han sumido a nuestro pueblo en el miedo, la inseguridad, el abatimiento. Pero, en medio de estas sombras han brillado permanentemente algunas luces: el testimonio de la Iglesia, de solidaridad con los afligidos; el renacer de las organizaciones sindicales, estudiantiles y profesionales; el coraje de los jóvenes y los trabajadores; la reciente reacción de la comunidad universitaria en nuestra principal Casa de Estudios; los llamados de Juan Pablo II a la reconciliación entre los chilenos y su promisoría afirmación de que "el amor es más fuerte". Todos estos son hechos que levantan los espíritus y abren camino a la esperanza.

Sabemos que un gran anhelo de unidad bulle en el corazón de los chilenos. Ayer mismo, seis ilustres compatriotas galardonados con el Premio Nacional de Ciencias, nos han invitado a unirnos en el proyecto común de hacer de Chile una sociedad en que, en vez del miedo, la sospecha, la intolerancia, los afanes hegemónicos, las ansias de poder o la tentación autoritaria, prevalezcan la disposición al diálogo, a la cooperación y al entendimiento, más allá de las opciones ideológicas o políticas de cada uno.

Los demócrata-cristianos participamos plenamente de este anhelo de unidad y estamos conscientes de nuestra

responsabilidad en la tarea de alcanzarla. Humildemente expresamos nuestra creencia de que para ello no podemos contentarnos con fórmulas unitarias más aparentes que eficaces, ni basta con enarbolar la bandera de la unidad; hay que estar dispuestos a encarar la verdad sin disfraces ni disimulos y a buscar generosamente todos los entendimientos necesarios para construir una base firme y ancha que asegure el tránsito a la Democracia y su ulterior consolidación.

Fieles a nuestras convicciones demócrata-cristianas, procurando responder a la confianza de nuestras bases - que crecen día a día - afanados por interpretar los anhelos más profundos de nuestro pueblo y por encontrar los caminos más eficaces para darles satisfacción, conscientes a la vez de nuestras limitaciones, sabemos que nuestra tarea, en conjunto con todos los demás demócratas, es devolver la Democracia a Chile y estamos dispuestos a cumplirla,

Señores dirigentes de la Internacional Demócrata Cristiana:

Vuestra presencia, vuestra solidaridad y vuestro respaldo vigorizan nuestra fe en el triunfo y contribuyen al renacer de la esperanza de los chilenos.

Muchas gracias.